

**APROXIMACIÓN SENTIMENTAL
A LA POESÍA
DE
FRANCISCO BRINES**

POR MANUEL VILANOVA

Cualquier día de larga soledad, en realidad cualquier tarde perdida en el calor de los veranos, cuando surgía propicio el hálito de amor y comunicación, en un recodo de la pena me quedaron aquellos versos:

**(“He escarbado el olvido, y husmeando el amor
por el desván oscuro de mi vida,
he vuelto a recordar un tiempo fallecido”.)**

No sabría cómo definir la honda excitación que produjo en mí **Palabras a la oscuridad**. Fue el descubrimiento de un libro pleno, un libro de un altísimo poeta, una voz madura y joven que rompía el prosaísmo de la época, que nos empujaba casi a recomenzar poemas, que nos catapultaba, a través del panorama poético, veinte años atrás, veinte años adelante. Una poesía que rompió los límites de un falso realismo porque estaba hecha de vivencias hondas; en ella anidaba una sensibilidad hermana del rumor de besos becqueriano. Era un estudio poético del hombre total. Era la poesía eterna, la poesía de siempre; en ella había un algo que escapaba del mundo mágico de los mitos clásicos; mitos helénicos perdidos que se remansa-

ban en nuestra mejor tradición, que estallaban como podría estallar una ola a los pies de Luis Cernuda. Una poesía que también quería vivir hacia lo lejos, hacia donde supiera alguien de su dolor amargo. Precisamente donde anida la libertad.

Y así se me antoja un poco toda la obra de Brines como una búsqueda total de la libertad, pero no sólo de la libertad del hombre, sino de la libertad de las cosas; hay en esta poesía una suprema unión sexual del hombre con la naturaleza, un panteísmo erótico total, una reflexión humana hacia el infinito humano:

**“Y en el ciprés, que es muerte,
reclino el cuerpo, miro
la superficie blanca
de los muros, y sueño”.**

Se puede encontrar en la poesía de Brines una imagen que se repite con una cierta frecuencia: acostumbra a suceder en sus versos que el corazón, **en la tarde**, es de todos los lugares. Las cosas y los seres se unen en el atardecer haciendo plenos realidad y deseo; muestra así su poesía su capacidad para subir a la vida, para que todo sea canto, para ver encenderse las estrellas, como ocurre en uno de sus poemas. Aquí el poeta nos deja en sus anchas palabras una vaga melancolía, un vago deseo de eternizar el sentimiento. Porque en la poesía de Brines siempre hay un camino para la entrada del poeta, para que el poeta deje allí sus sensaciones. Para que no descansa el verso en una mera descripción objetiva, el aliento del creador lo tiñe todo, lo conforma todo.

Hemos aprendido de Cernuda lo fundamental que es para el poeta el alcanzar en su creación un tono reflexivo, tono que buscó en un aporte de materiales, como alguien dijo, a lo largo de dos mil años de literatura, intentando siempre objetivar el sentimiento en una época o personaje pasado para hacer revivir en él las emociones (Brines también) desde la antigüedad greco-latina hasta la lírica inglesa, pasando por Manrique y Aldana. Desde ese camino de reflexión, del estudio hondo de sus posibilidades, especialmente desde el conocimiento profundo de la lírica cernudiana y de sus monólogos meditativos, han nacido dos de las obras más serias de nuestra literatura actual: todo un ciclo de la poesía de Brines, y la meditación destructora que va en la novela desde **Señas de Identidad** hasta las duras reflexiones del conde don Julián. Esto puede ayudar a recalcar el hecho importante de que hay en la poesía de Brines una exploración clara de las posibilidades de la meditación en el poema. Apoyado en una inteligente y apasionante utilización de los recursos del lenguaje, en una precisión expresiva poco común, en un dominio riguroso del verso, especialmente del endecasílabo, el poeta ha trazado caminos para subir a meditar en el poema. Ha aprendido como nadie, y si no véase **El santo inocente**, la técnica manriqueña de equilibrio entre el ritmo de la frase y el ritmo del poema, y ha enriquecido con su último libro las motivaciones poéticas. Porque Francisco Brines, cosa extraña entre nosotros

hoy, es autor de **libros de poesía**, y no sólo de **poemas sueltos**. Nuestros poetas se vuelcan a hacer buenos, regulares o malos poemas, y cuando se tienen hechos se enlazan, se colocan uno después del otro y se publican. El concepto de **libro de poesía**, o de **libro de poemas**, parece haber muerto entre nosotros desde las grandes creaciones del 27. ¡Qué pocos libros estructuran la temática poética, qué pocos **Tratados de urbanismo, Blanco Spirituales**, etc.! (En este sentido es necesario hacer notar como los Adonáis de este año, especialmente Pureza Canelo y Justo Jorge, han dado en el clavo). Sí. Francisco Brines medita, reflexiona toda la estructura del libro a hacer. Y así hay en sus libros, como una consecuencia de esta meditación, un progresivo enriquecimiento del mundo poético. En **Aún no** se ve con claridad meridiana como el venial y sugestivo eceso de garcilismo queda manifiestamente superado. Presenta en este sentido su último libro una clara construcción dialéctica: la tristeza, la soledad, la angustia, el alcohol en la alta madrugada han sustituido el goce pleno de la vida, el poeta toma una actitud visionaria y apura la realidad hasta lo más duro:

**“lo noble es clandestino, vergonzoso el amor,
sorda herrumbre la fe,
la juventud es tierra destruida”.**

A ello debemos de sumar el tono manifiestamente objetivo de “composiciones de lugar”, que incorpora un lenguaje que tiene una larga vena en los “maldezires” medievales. En la tercera parte del libro, las motivaciones generales, quizá menos generales de lo que el poeta dice, vuelven a arrancar lamentos a la vida. La vida lo rodea como en aquellos años perdidos, la esperanza está lejos, se encuentra consuelo a la enorme melancolía que sube de la oscuridad, y la noche (antes la tarde) está presente como un símbolo de dolor a lo largo de todo el libro, pero el pecho se consuela porque el mundo pudo ser una bella verdad. Es una meditación sobre el hombre y su dolor. Aún no se ha logrado el mundo pleno del deseo:

**“Los ojos, enturbiados
de soledad y desesperanza...”**

Un cansancio infinito parece dominar al poeta, la desesperación entra a raudales, la humanización de su palabra es ya totalmente plena. A través de los distintos ciclos de sus libros, éste parece haber sido uno de los motivos de la poesía, una de las metas más preciadas: a su pasión por la belleza, a su tono objetivo, a sus anchas manifestaciones visionarias, ha añadido siempre un carácter ético, un sentido moral que nace de situaciones estéticas concretas. Ello quizá sea la causa que le ha llevado a agotar las posibilidades del poema. Todos los objetos, todos los seres, todas las cosas son estudiadas a fondo en la poesía de Brines, agotadas, traspasadas, y mostradas siempre en su aspecto más oportuno, según convenga al clima sentimental en que se desenvuelve el poema. Los factores éticos y los factores estéticos están profundamente enlazados en la obra de nuestro poeta. Quizá por ello sea Francisco Brines quien mejor repre-

senta la amplitud del camino de humanización que ha emprendido nuestra lírica hace ya muchos años, y **Aún no** es un claro freno a ciertos excesos snobistas, una muestra de cómo puede ampliarse el mundo poético.

Aquella tarde de larga soledad, en la que no pude vencer la necesidad urgente de lectura y mal abrí el libro en la calle, iluminó para mí las cosas y los seres con una luz distinta, y a pesar de que aún dura la noche, a veces al atardecer, desde la trastienda de la vida (aún no hay oscuridad si se lleva la luz dentro),

**“...el pecho se consuela, porque sabe
que el mundo pudo ser una bella verdad”.**

